

CAPÍTULO 1

Vacaciones inesperadas

Carlota no podía dormir. Eran casi las dos de la mañana según su reloj y llevaba la última hora despierta. El culpable era un bicho que pasaba cerca de su oreja cada vez que trataba de conciliar el sueño. *¿Por qué hace ese zumbido tan desagradable?*, pensó mientras estiraba la sábana para taparse por completo la cabeza, en un intento desesperado de dormirse antes de que la falta de aire o el calor la agobiaran demasiado. Cerró los ojos e intentó calmar su respiración, poniendo la mente en blanco. Envidiaba el sueño profundo de Pablo, su hermano mayor, quien descansaba plácidamente en la otra cama de la habitación.

La situación era recurrente. Durante la última semana Carlota había tenido problemas para descansar todas las noches. Se encontraba de vacaciones en un pueblo al norte de Chile junto con Pablo y sus papás. Específicamente, estaban en la antigua casa



*

*

*

de sus abuelos, donde había pasado muchos veranos felices cuando era más pequeña. Sin embargo, ahora todo era distinto. Sus abuelos se habían mudado a la ciudad y hacía años que no venían en familia. El río que solía bordear el perímetro de la comunidad, siendo un oasis para los animales y ofreciendo un escape frente al calor, ya no corría por la sequía y las amistades de veranos pasados se habían distanciado o mudado a otros sitios.

Exasperada, Carlota se sacó la sábana de la cabeza, pero la mantuvo por sobre sus hombros para evitar cualquier picadura. Estas vacaciones estaban siendo profundamente aburridas. Lo más emocionante que le había pasado eran esas batallas nocturnas con los bichos. Venir al pueblo era un panorama divertido cuando tenía seis años, pero ahora, lejos de sus amigas y de la infinidad de planes posibles en la ciudad, la situación era lo peor que podría pasarle a cualquier adolescente.

—BZZZZZZ —aportó el mosquito, zumbando alegremente mientras pasaba frente a la cara de Carlota, desafiándola e instándola a salir de la cama de un salto.

—Suficiente contigo —siseó en voz baja, pasando a modo ataque y agudizando la vista para tratar de verlo bajo la tenue luz que se filtraba por la ventana.

Por suerte las paredes eran blancas, por lo que identificó con rapidez un punto negro sospechoso detenido cerca de la silla donde Pablo tenía acumulada toda su ropa. Simulando ser un ninja, Carlota avanzó



*

*



*

*
*

hacia la pared con la mano levantada, calculando su inminente asalto. Se dio cuenta de que no iba a llegar lo suficientemente rápido, por lo que decidió agarrar una de las chancletas de su hermano, que estaban en el piso. Lentamente, con la concentración de una cirujana a punto de operar a corazón abierto, se colocó en el ángulo óptimo. Fijó la mirada. Alzó la chancla.

*
*

¡TCHASS!

La chancla alcanzó su objetivo y Carlota exhaló victoriosa. De repente recordó que su hermano estaba durmiendo y por medio segundo temió haberlo despertado. Con una mirada rápida confirmó que no tenía de qué preocuparse, podría haber pasado un regimiento militar completo, con banda incluida, y su hermano habría seguido descansando. Feliz por el éxito de su misión, se devolvió a la cama, deteniéndose brevemente a admirar la luna llena que se veía desde la ventana. Eso era lo único que





*

*

*

nunca cambiaba del pueblo, las noches oscuras y los cielos despejados seguían deslumbrando con una imagen inigualable del cielo nocturno. Observar la Luna siempre le recordaba a su papá, quien era un aficionado a la astronomía y la consideraba su objeto astronómico favorito.

Mientras admiraba el contraste de grises sobre el fondo plateado, Carlota recordó que desde la Tierra siempre se veía la misma cara de la Luna. Podía cambiar la orientación, el ángulo o las fases, pero siempre iban a apreciar el mismo sector de superficie lunar. Esto debido a que la luna tarda el mismo tiempo en darle una vuelta completa al planeta que en rotar sobre sí misma. Son dos movimientos perfectamente sincronizados: a medida que avanza alrededor de la Tierra, gira para siempre enfocar la misma cara hacia su planeta. Por otro lado, las fases de la Luna, el hecho de que a veces se vea llena, otras menguante, creciente o no sea visible (Luna nueva), se producen por la manera en que el Sol la ilumina combinado con un juego de perspectiva desde la Tierra. *Es una danza astral sincronizada y muy bonita*, pensó Carlota, mientras se acomodaba de vuelta en la cama y sus párpados se cerraban, dejando que su mente jugara con imaginaciones lunares.



*

La noche pasó sin más interrupciones y por la mañana todos los miembros de la familia Jiménez estaban desayunando antes de iniciar las actividades del día. Pese a estar de vacaciones, llevaban un ritmo intenso,

*



*



marcado por los padres, quienes se habían ofrecido a colaborar en la gestión de las festividades del pueblo. A la mamá de Carlota le encantaban las plantas, así que estaba ayudando a renovar los jardines de la plaza central y su papá, siendo aficionado a la astronomía, se había puesto como objetivo armar una estación de observación astronómica para la comunidad. Pablo no había perdido el tiempo y se había inscrito para jugar básquetbol en el campeonato local de verano junto a su grupo de amigos de la infancia, que, a diferencia de los de Carlota, seguían viviendo en el pueblo. En definitiva, Carlota era la única que no estaba feliz con el plan de vacaciones y pasaba los días aburrida en la casa.



—Carlota, ¿por qué no acompañas a tu hermano a su entrenamiento hoy? Te haría bien salir de casa y estirar las piernas —le dijo su papá sacándola de sus pensamientos.

—Eeeh... no sé, no es como que vaya a jugar y... ¿para pasar toda la mañana escuchando los gritos y viendo lo malos que son? Paso.

—Alguien se levantó de mal humor parece —replicó Pablo con tono burlesco—; pásame la mermelada, mejor y no te preocupes, tampoco te habría invitado.

Carlota le pasó la mermelada a su hermano mientras le hacía una mueca. La verdad es que le habría gustado participar también de algún deporte, pero sabía que iba a ser la única niña y no se sentía cómoda con eso. No le molestaba estar entre hombres en otras situaciones, pero, en el pueblo, la comunidad





*

*

*

solía enfatizar que algunas cosas eran «para niños» y otras «para niñas». El deporte de contacto era una de esas cosas, así que prefería no participar para evitarse el mal rato. Pensaba que sus papás jamás lo entenderían, así que por eso hacía como que no le interesaba. De todas formas, algo de razón tenía su papá, no podía pasarse las tres semanas que aún quedaban de «vacaciones» aburrida en casa.

—¿Sabes qué? —dijo Carlota, adaptando un falso tono animado—. Cambié de opinión, voy a acompañarte, pero no para verte entrenar, sino que voy a revisar las instalaciones de la nueva casa de la cultura en la municipalidad. La han cambiado un montón, tienen sala de computación y taller de esculturas. Incluso leí que tenían un archivo artístico, así que voy a pasar a revisarlo.

—¡Excelente idea, cariño! Yo estaré con la señora Villanueva realizando algunos injertos de rosas en la plaza por si quieres pasar después a ayudarnos. Queremos hacer un taller el día de las festividades y nos vendría bien probarlo con alguien —comentó su mamá mientras le daba un beso a cada uno en la frente a modo de despedida antes de salir por la puerta—. Disfruten todos del día y nos vemos por la tarde, ¡recuerden ponerse protector solar!

—También vi que tenían un taller de astronomía este verano en la casa de la cultura, quizás te interese... —dijo el papá de Carlota siguiendo la conversación con su hija.



*

*



*



—Papá, yo sé que a ti te encanta la astronomía, pero ya ha sido demasiada para mí. Con ir al taller de ciencias, haber entrenado para las olimpiadas de astronomía el verano pasado y estar siempre en contacto con el Museo de Historia y Ciencias Naturales, creo que necesito un respiro de tanto pensar en el universo —respondió Carlota.



Era verdad, en los últimos años Carlota había pasado de ser una niña cuyos únicos intereses eran el arte y los deportes, a encontrar una pasión por las ciencias, particularmente la astronomía. Sin embargo, aunque le encantaba aprender cosas nuevas, también le agotaba estar mucho tiempo haciendo lo mismo. Según Carlota, cuando algo se volvía rutinario, perdía su encanto. De todas formas, anotó la información sobre el taller en un rincón de su cerebro; aunque no lo quisiera reconocer en voz alta, siempre disfrutaba mucho de aprender cosas nuevas sobre el universo y quizás no era mala idea inscribirse.

—Hija, ya vas a ver que las ganas de explorar el cosmos no son algo que simplemente puedas poner en pausa. Mírame a mí, cargando el telescopio a todos lados para poder compartir y observar las estrellas con la comunidad, aunque no tenga nada que ver con mi trabajo. Ser curiosos y querer saber más es parte de la naturaleza humana...

—Ya, ya, mucha conversación y poca acción, viejo. Deja que mi hermana haga lo que le parezca mejor,





*

—interrumpió Pablo—. Y Carli, si quieres que nos vayamos juntos hacia la casa de la cultura, apúrate y arregla tus cosas que tengo que salir en cinco minutos.

—¡No me digas «Carli»! —contestó enojada Carlota, que detestaba los sobrenombres, mientras tragaba rápidamente lo que le quedaba de pan antes de levantarse de la mesa.

Contra todo pronóstico, los dos hermanos lograron alistarse y salir a tiempo para tomar el bus que los dejaría fuera del centro municipal. El trayecto era corto, como cualquier ruta dentro del pueblo, que se podía cruzar de lado a lado en tan solo veinte minutos. Carlota miraba por la ventana, recordando lo grande y maravilloso que le había parecido este lugar cuando era más pequeña. Ahora lo veía polvoriento, sucio y seco. La sequía había hecho que el verdor de las montañas se desvaneciera y la mayoría de los árboles que antes adornaban las calles habían sido removidos para ahorrar agua. Por eso, renovar los jardines de la plaza central para incorporar especies de bajo consumo hídrico era un proyecto tan importante y Carlota se sentía orgullosa de que su mamá fuese parte de él. Solo habría deseado no verse obligada a pasar cuatro semanas aquí acompañándola.

Cuando se bajaron del bus, Pablo miró a su hermana y le dijo:

—Ya, Carlota, yo voy a la cancha con los chicos. Si necesitas algo llámame o avisa que vuelves a casa,



*





así no te espero. Probablemente almorcemos algo en la plaza y nos quedemos hasta tarde jugando. Cualquier cosa me buscas ahí.

—Está bien, yo no sé cuánto tiempo esté aquí, quizás entre y salga o puede ser que me quede más rato. Les mando un mensaje cuando sepa bien de mis planes.



Pablo le dedicó una sonrisa y le revolvió el pelo, luego dio media vuelta y se fue a paso rápido hacia su lugar de entrenamiento. Una vez sola, Carlota respiró hondo y comenzó a pensar. ¿Qué iba a hacer exactamente? Ir a la casa de la cultura le había parecido una opción razonable, pero ahora le daba un poco de vergüenza. En la ciudad siempre tenía a Marga, su mejor amiga, para acompañarla en este tipo de expediciones sin objetivos claros. Mientras consideraba devolverse de inmediato a la casa, se dio cuenta de que había otra chica que se había bajado con ellos del bus, pero seguía en el paradero. Tenía cara de estar incluso más perdida que Carlota y cuando cruzaron miradas, las dos se sonrieron con timidez.

—Hola... ¿eres de aquí? Estoy buscando la casa de la cultura, fui ayer, pero por otro camino y ahora mi teléfono se apagó y no se hacia dónde ir... —dijo la chica, mostrando la pantalla negra de su dispositivo como prueba.

—¡Hola! No te preocupes, justo voy para allá —respondió Carlota, zanjando su decisión de ir—.





*

Si quieres me sigues, queda justo a la vuelta de la siguiente cuadra.

*

*

—¡Gracias! ¿Tú también vas al taller de astronomía?

—No, solo iba a hacer algunas consultas.

—Oh, ¡qué pena! —comentó con desilusión su nueva amiga mientras caminaban—. Habría sido genial dejar de ser la única chica...

—¡No te creo que seas la única! —exclamó con incredulidad Carlota—. ¿Es un taller muy pequeño? En mi colegio hay un taller de ciencias y casi todas las que vamos somos niñas, ¡hasta tenemos una profesora mujer que lo dirige! Pensé que más chicas querrían inscribirse.

—Bueno, supongo que la astronomía en específico no les gusta tanto a las niñas como a los varones.

Carlota se detuvo en seco y la miró para comprobar que estuviese hablando en serio, nunca se le habría pasado por la cabeza pensar algo así. Primero, porque la mayoría de las personas científicas y astrónomas que conocía eran mujeres y, segundo, porque ella misma se sentía muy cercana al estudio del universo. Es verdad que no quería ser astrónoma, pero eso no evitaba que le gustase aprender sobre el tema. *Esto es como lo que tú pensaste hoy por la mañana sobre los deportes*, se dijo a sí misma, *no puedo dejar que esto pase y no hacer nada, es hora de mostrarle a la comunidad del pueblo que las niñas también podemos hacer de todo*. Quizás esa iba a ser su misión para este verano, iba a dar la



*

*



*



pelea para eliminar esa idea absurda de que por ser niñas no podían o era extraño que participaran en ciertas actividades.

—Vamos, lo acabo de decidir, me voy a unir contigo al taller de astronomía —le dijo a su amiga—. Pero con una condición... si vamos a pasar las próximas semanas juntas ¡me vas a tener que decir tu nombre antes de que se vuelva incómodo preguntar! Yo soy Carlota.



—¡Ay, qué ilusión! Yo soy Cami, acabo de mudarme hace dos semanas para acá junto con mi papá. Como es verano, se le ocurrió que podía ser una buena idea que me inscribiese en algún taller para hacer amigos antes de que comience el colegio.

Cami era más o menos de la estatura de Carlota. Tenía la piel bronceada y ojos verdes que contrastaban con su pelo ruliento color negro azabache que brincaba sobre su cabeza a medida que caminaba. Su sonrisa y energía eran contagiosas y Carlota no pudo evitar sentir un profundo entusiasmo por conocerla más.

Llegaron media hora adelantadas al inicio del taller, porque Cami sufría de ansiedad y la idea de atrasarse le producía terror, de modo que siempre era la primera en llegar a todos lados. En este caso, el tiempo extra les sirvió para que Carlota hablase con la secretaria del centro, quien casualmente había sido vecina de sus abuelos cuando todavía vivían en el pueblo y era la responsable de inscribirla en el taller de astronomía.





—¿Segura que no preferirías unirme al curso de macramé? Recuerdo que de pequeña te gustaban todos los cursos artísticos y las niñas hacen cosas tan bonitas ahí... —fue el único comentario que hizo la secretaria cuando Carlota le indicó que deseaba participar del taller de astronomía.

—Sí, bueno, sigo disfrutando mucho del arte, pero ahora también estoy explorando otras cosas que me parecen superinteresantes —respondió cortésmente, preguntándose para sus adentros a cuántos de los chicos de astronomía les habría ofrecido inscribirse en macramé.

—Quizás solo te lo dijo porque era la única opción artística y sabe que te gustaba eso de pequeña —le dijo Cami, mientras esperaban en el jardín del centro



a que llegasen el resto de los compañeros del curso—. Tampoco hay que tomarlo todo de forma negativa, cuando yo vine a inscribirme andaba con el pelo tomado y pensaron que venía a ballet, pero nunca lo asocié a que fuese por ser niña.



—No sé, Cami, este es un tema que he conversado bastante con mi mejor amiga Marga. Su mamá es superfeminista y dirige una empresa de ingeniería donde la mayoría de sus compañeros son hombres. Siempre nos dice que tenemos que poner atención a este tipo de diferencias, que pueden ser sutiles, como «el rosa es para chicas y el azul para chicos», o más importantes cuando se trata de actividades que queremos realizar y que asumen que no podemos solo por ser niñas —explicó Carlota con mucha seriedad, tomando nota mental de comentarle todo este evento a Marga.



Cami iba a responder, pero en ese momento comenzaron a llegar el resto de los participantes del taller al patio donde estaban. Observando con nerviosismo, Carlota se dio cuenta de que no solo eran todos varones, además eran mayores, conocía a algunos de vista porque solían ser amigos de su hermano. Había un grupo de cinco chicos que estaban haciendo bastante ruido, riéndose de alguna broma y gritándose entre sí. Carlota los miró con desdén, pero de repente reconoció a alguien en particular y se quedó helada. Gerónimo Valenzuela estaba ahí. El mismo que hace cinco años, en el último verano





*

que habían pasado en el pueblo, se había burlado de su hermano públicamente y lo había hecho llorar frente a todos en la plaza. Eso era algo que Carlota jamás podría perdonar, a su hermano nadie podía hacerle daño sin consecuencias.

*

*



*

*



*

